

# SABERES EXPERTOS SOBRE MUNDOS LEGOS. EL DESPERDICIO DE EXPERIENCIA EN LA COMUNICACIÓN PARA EL CAMBIO SOCIAL<sup>1</sup>

José Hleap Borrero  
Profesor de la Escuela de Comunicación Social  
Universidad del Valle, Cali, Colombia  
johleap@yahoo.com

---

## Resumen:

Desde las inquietudes que me ha generado el ejercicio de acción e investigación<sup>2</sup> en algunas experiencias de comunicación para el cambio social durante las tres últimas décadas en Cali, Colombia, me propongo valorar y resituar la “intervención social”, particularmente las concepciones y prácticas de los comunicadores, desde el replanteamiento de conceptos como los de comunicación “para”, participación y cambio social.

Partiendo de la consideración del escenario actual, de la proliferación de prácticas de comunicación que vinculan colectivos de interés con fuerza propositiva (públicos fuertes) y del reconocimiento a los saberes sociales presentes en las intervenciones, se busca alterar la profesionalización de los comunicadores – y otros “expertos” en intervención social- que neutraliza los dilemas éticos y políticos de su ejercicio y los prepara para la *comunicabilidad* como esfera autónoma y ubicua. En el mundo del pensamiento único, es el diálogo con otros saberes, otras voces, otros relatos, otras ideas de desarrollo y cambio social, otras experiencias –incomunicables para el régimen de gestión de la comunicabilidad mediática- las que le dan sentido (ético, epistémico y político) a la comunicación social.

**Palabras Clave:** Comunicación para el cambio social, intervención social, Participación, diálogo de saberes.

## Abstract:

from the questions that the action and research in some experiences of communication for the social change in the last decades in Cali has made surge in me, I attempt to value and set the “social intervention”, specifically the conceptions and practices of the communicators, from the rethinking of concepts as communication “for”, participation and social change. Beginning with the consideration of actual stage, of the proliferation of practices of communication that link collectives with propositive force and of the recognition to the social knowledge presents in the interventions, it is attempted to change the professionalization of the communicators - and other “experts” in social intervention – that neutralize the ethic and political questions of their exercise y prepare them for the communicability as an autonomous and ubiquitous field. In the world of the exclusive thought, it is the dialogue with other knowledge, voices, narrations, development and social change ideas, experiences – incommunicable for the regime of management of media communication – what give sense (ethic, epistemic and political) to the social communication.

**Keywords:** communication for the social change, social intervention, participation, knowledge dialogue.

No es la realidad la que carece de esperanza, sino el saber que – en el símbolo fantástico o matemático- se apropia de la realidad como esquema y así la perpetua.

T. Adorno y M. Horkheimer (1944/1997:43)

Quiero partir haciendo explícito el lugar desde donde hablo de la “comunicación para el cambio social”, esa particular fusión de teorías, esperanzas y prácticas políticas que se presenta como una opción profesional para el comunicador social: el trabajo de investigación y acción en comunicación sobre “problemas” relacionados con la convivencia y construcción de ciudadanía en el ámbito de una ciudad (Cali, Colombia).

Soportados en una concepción de lo social apertrechada en la sociología, la antropología, la pedagogía, la semiología (y otras logias más) y animados por la trayectoria que la *Educación Popular* y la *Sistematización de Experiencias* han tenido en América Latina, nos aventuramos hace más de tres décadas en el terreno de la intervención, al amparo del Grupo de Investigación en Educación Popular de la Universidad del Valle, bajo el supuesto de que la pedagogía dialógica y la comunicación participativa constituían la ruta adecuada para promover una transformación en los actores (comunidades) y un cambio en las situaciones que conducía a mejores condiciones de vida. Estábamos tan llenos de certidumbres y de ganas que, aunque buena parte de lo que sucedió en estas intervenciones era decepcionante para nuestras expectativas, continuábamos en el empeño justificándonos en las circunstancias, la fuerza de la estructura social, la resistencia ideológica al cambio, la alienación producida por las condiciones materiales de existencia y otro poco de etiquetas tranquilizadoras.

Queríamos cambiar a los otros (las comunidades, los sectores populares, la “población en alto riesgo”) sin asumirlos en serio (reconocerlos como interlocutores desde el inicio mismo de la determinación del “problema”) y sin tener que cambiar nuestras concepciones y nuestras prácticas, sin cambiar nosotros.

No obstante, con el trabajo en terreno fuimos aprendiendo algunas cosas. Lo primero que comprendimos fue que las realidades claramente definidas, sin ambigüedades y sostenidas por un lugar determinado en eso que llamábamos estructura social solo existían en nuestros libros, que no podíamos confundir los conceptos con los procesos y menos la visión académica de los problemas con la manera como estos eran vividos por quienes los padecían.

Descubrimos que buena parte de la selección de los “problemas sociales” a intervenir, por ejemplo el de violencia/convivencia, se establecía en la hegemonía de ciertos discursos expertos portados por las agencias internacionales de cooperación (el BID, en este caso) con poca o nula indagación previa sobre la realidad local, la perspectiva endógena de la cuestión y las experiencias locales.

Más adelante nos percatamos de que la idea de *desarrollo* que arropaba estas intervenciones ha sido central en la organización mundial de los saberes y poderes (en la economía y la tecnología, así como en lo cultural y educativo). Gracias al discurso del desarrollo, incluso en la versión de “desarrollo sostenible”, se ha trazado una geopolítica que ha “inventado el tercer mundo” (Escobar, 1998). El estatuto de subdesarrollado, o lo que eufemísticamente se llama “en vías de desarrollo”, ha servido para establecer un modelo económico, político e incluso ecológico como el ideal a lograr y para señalar la incivilizada tendencia de ciertas regiones o estados a salirse del patrón, con las obvias consecuencias de “pobreza e inestabilidad política”: “el desarrollo ha estado ligado a la economía de la producción y al deseo, pero también a las fronteras, la diferencia y la violencia.” (Escobar, 1998: 401). Así, mediante el establecimiento de la condición “necesitada” del “tercer mundo” que instaura claramente su demanda de “ayuda para el desarrollo” en el primer mundo, “las miradas clínica, empresarial y militar aúnan esfuerzos para poner en marcha operaciones supuestamente benéficas e higiénicas para el bien de la Humanidad (con H mayúscula, la del Hombre moderno)” (Escobar, 1998: 401).

En este momento nos topamos con la comunicación para el cambio social (Gumucio, 2001), con la cual sentíamos afinidad al compartir nuestra preocupación por la participación comunitaria, el carácter nodal que tenía la dimensión cultural en la perspectiva endógena de los problemas y en las vías locales para enfrentarlos; también compartíamos la objeción a la funcionalización de la comunicación en los proyectos de desarrollo y la crítica a “la visión idealizada de una comunidad completamente unida por su destino, su historia o su cultura” (Gumucio, 2001: 36), así como la conciencia de que los problemas definidos no se podían enfrentar simplemente con información y nuevos conocimientos (innovaciones) pues topaban los límites del orden social instituido. Hacíamos parte de un conjunto de experiencias que desde periódicos populares, radios comunitarias, redes de apoyo social, reporteros comunitarios, redes de medios por la convivencia, programas de televisión e incluso “realities” y juegos alternativos materializaban estrategias de comunicación que buscaban empoderar y movilizar a las comunidades hacia el cambio de esta sociedad.

Desde la sistematización de estas experiencias, así como desde las teorías y la investigación habíamos asumido que la comunicación social más que de medios se trataba de mediaciones (Martín-Barbero, 1987), lo que en nuestro entender implicaba asumirla no como una esfera autónoma de la vida social (diferenciación funcional en Beriain, 1996:97), esa que se materializa en los medios de comunicación, ni siquiera como un conjunto delimitado de estrategias *para* (medios) conseguir cambiar conductas o concientizar (fines), sino como una dimensión constitutiva del estar juntos, del ensamblaje de un mundo en común (Latour, 2005:361), lo que nos llevó a preguntarnos por las transformaciones en las formas de comunicarnos y el espesor sociocultural que media las interacciones (los

vínculos, mitos, rituales, ámbitos), así como por los mediadores (instituciones, actores, asociaciones) que introducen, hacen circular y modulan el sentido de lo social (Martín Barbero, 2008). Por este camino empezamos a tener problemas con algunos postulados y prácticas de la “comunicación para el cambio social”.

Aun cuando se insiste en que se trata de iniciativas y procesos de comunicación para los cuales los medios son instrumentos y lo importante es “su capacidad de involucrar a los sujetos humanos del cambio social en el proceso de comunicar” (Gumucio, 2001:38), persiste la visión de la comunicación como un recurso *para*, lo que puede apreciarse en “las preguntas y las respuestas sobre las iniciativas de comunicación” que deben ser “elaboradas con la comunidad”:

*¿Qué clase de comunicación necesita la comunidad, si acaso? ¿Cuál es el sistema de comunicación tradicional de la comunidad? ¿Qué tipo de herramientas de comunicación puede asumir la comunidad, no solamente desde el punto de vista del financiamiento sino de la tecnología y de la apropiación social de un nuevo medio de comunicación?*

*(Gumucio, 2001:36)*

Al reparar en conceptos como “clase de comunicación”, “sistema de comunicación”, “herramienta de comunicación” y en su calificación como “participativa” encontramos nuevamente la idea de la comunicación como una esfera autónoma que puede identificarse como unidad en las necesidades de una comunidad, en su transcurrir y en sus posibilidades y capacidades de utilización. Subrepticamente apareció en la escena la comunicación como un medio para alcanzar ciertos fines, en este caso los del cambio social. Más que un matiz conciliable, esta concepción de la comunicación se convierte en un operador de inexistencias (Santos, 2005:160), al impedir la visibilidad de innumerables experiencias y opciones que no se adecuan al estrecho marco de la comunicación *para*, lo que en el terreno del derecho a la comunicación, por ejemplo, neutraliza el carácter conflictivo y constitutivo de esta dimensión en la vida social y hace ininteligible la multiplicidad de esferas públicas y las relaciones entre ellas (Fraser, 1997:161).

Otro aspecto crítico de la formulación de la comunicación para el cambio social está contenido en el término “participación”. Si bien es un marcador útil para señalar una opción diferente a la instrumentalización, verticalidad y funcionalización de la comunicación, se convierte en problemático cuando su sola aparición adjetivadora parece asegurar el cumplimiento de los propósitos transformadores. No solo se requiere establecer los niveles y dimensiones en los que se da esa participación (las relaciones de poder, control y conocimiento) sino que, en vista del actual régimen de gestión<sup>3</sup> (Hleap, 2011:14) que ejerce el control social por la vía del ejercicio y la administración de la acción (incluso de la pretendidamente emancipadora) y de la “toma de decisiones”, surgen preguntas (éticas, políticas, epistemológicas) sobre el “hacer parte” de ciertas “iniciativas de comunicación”, preguntas que no están resueltas en la respuesta “comunicación comunitaria” (Gumucio, 2001: 35) y que exigen su evaluación responsable.

El tercer componente de la comunicación para el cambio social que requiere un replanteamiento de fondo es precisamente el “cambio social”. Como expresión de la urgente necesidad de transformar el actual orden, opera como indicador del carácter político y polémico de la intervención comunicacional y en eso avanza respecto a la “comunicación para el desarrollo”, pero vincula una serie de supuestos (automatismos sociológicos, según Latour, 2005:16) como creer estable y estático el actual “lazo social” que se caracteriza contrariamente por ser precario, sutil y dinámico, al punto de encontrar en el cambio, en el movimiento, en la fuerza de los vínculos débiles (Granovetter, 1973) lo que lo sostiene. Ligada a la visión exótica de “comunidad”, la mirada de lo social como un todo homogéneo estructurado (un orden o sistema) cuyo pegamento es “su destino, su historia o su cultura” o las relaciones contradictorias entre SUS elementos (tanto en la versión estructuralista como marxista) se convierte en obstáculo epistemológico y político para la construcción de opciones que no asuman automáticamente la visión de totalidad y que, por tanto, problematicen aguzadamente la razón dualista que separa como alternativas excluyentes conservación/transformación, crecimiento /decrecimiento, desarrollo/involución, globalización/ desglobalización (Morin, 2011:35), para “pensar los términos de las dicotomías fuera de las articulaciones de poder que las unen”, como primer paso para liberarlas de dichas relaciones, y para revelar otras relaciones alternativas que han estado ofuscadas por las dicotomías hegemónicas”(Santos, 2005:159).

Otro supuesto que agencia la idea de *cambio social* es la existencia de un deber ser, modelo u opción de futuro desde donde se define lo que se debe cambiar, cuyas características y bondades parecen surgir de lo criticado al actual orden, como la otra cara de la moneda, pero que en sí mismas no son reflexionadas, imaginadas, ensayadas, evaluadas y que “contraen el presente” (Santos, 2005:153) al reducir lo posible y lo existente a lo visible desde la matriz del orden actual (o de su opuesto simétrico). Como un elemento desprendido del anterior supuesto, se asume y reconoce la urgencia de crear un cambio “actual” y su visibilidad se convierte incluso en criterio de selección para experiencias demostrativas en el campo de la comunicación para el cambio social.

Afortunadamente las cosas parecen estar ocurriendo de otro modo en “la inagotable experiencia social que está en curso en el mundo de hoy” (Santos, 2005:153). Como un reconocimiento de la multiplicidad de emprendimientos de ensamblaje de lo social y a la transformación de lo político, Arturo Escobar y Michael Osterweil(2009) proponen descubrir modalidades políticas menos preocupadas por crear un cambio “actual” y afirman que “muchas prácticas de movimientos pueden considerarse parte de un momento experimental o teórico ampliado en el que el terreno es micropolítico y el objeto es probar o hacer visibles las posibilidades de nuevos ordenamientos o imaginarios de lo social” (Escobar & Osterweil,2009).La proliferación de prácticas

de comunicación que vinculan colectivos de interés con fuerza propositiva (públicos fuertes en Fraser, 1997) y acciones disruptivas (Retamozo, 2006) nos obligan a abrir los ojos a la sociabilidad que no podemos ver –y mucho menos comprender– desde nuestros saberes “expertos”. Habría que decir que el “mal de ojo” en nuestra inteligencia de lo socialradica en conocer con la mirada arrogante de *la Razón* y no con la experiencia sensible de la interpelación (Martín- Barbero, 2008:32). Lo que debemos cuestionar a este pensamiento no es solo su “ceguera epistemológica” (Calvo, 2007: 10), la cualidad que se extraña en este pensamiento es la capacidad de aprender de la experiencia, “una recuperación del sujeto en su modo radical de experimentarse como ser-sujeto cultural, histórico y conscientemente inacabado que, en el propio encuentro de sí mismo con el otro, reconoce la eticidad de sus actos y la necesidad de proyectar sus deseos hacia un radicalismo de la esperanza en la acción” (Osorio y Rubio, 2007: 58).

Al tratar de comprender la consistencia y relevancia política de los movimientos, redes, asociaciones o colectivos que pueblan el espectro de las experiencias actuales de organización y movilización, Escobary Osterweil(2009) afirman:

En nuestra opinión, una característica que define los movimientos hoy es su fascinación hacia lo virtual y su compromiso con ello. Los movimientos no existen únicamente, o principalmente, como objetos empíricos y directos «allí afuera» jugando un rol político predeterminado. Pero también, en sus diversas ejemplificaciones, como potencialidad de cómo podría ser la política, y como esfera de acción en la que la gente puede soñar con un mundo mejor y contribuir a realizar ese sueño, por la experimentación con formas sociales alternativas que podrían no cambiar el mundo «actual», sino hacer visibles las posibilidades de nuevos ordenamientos o imaginarios de lo social (Escobar & Osterweil, 2009:150).

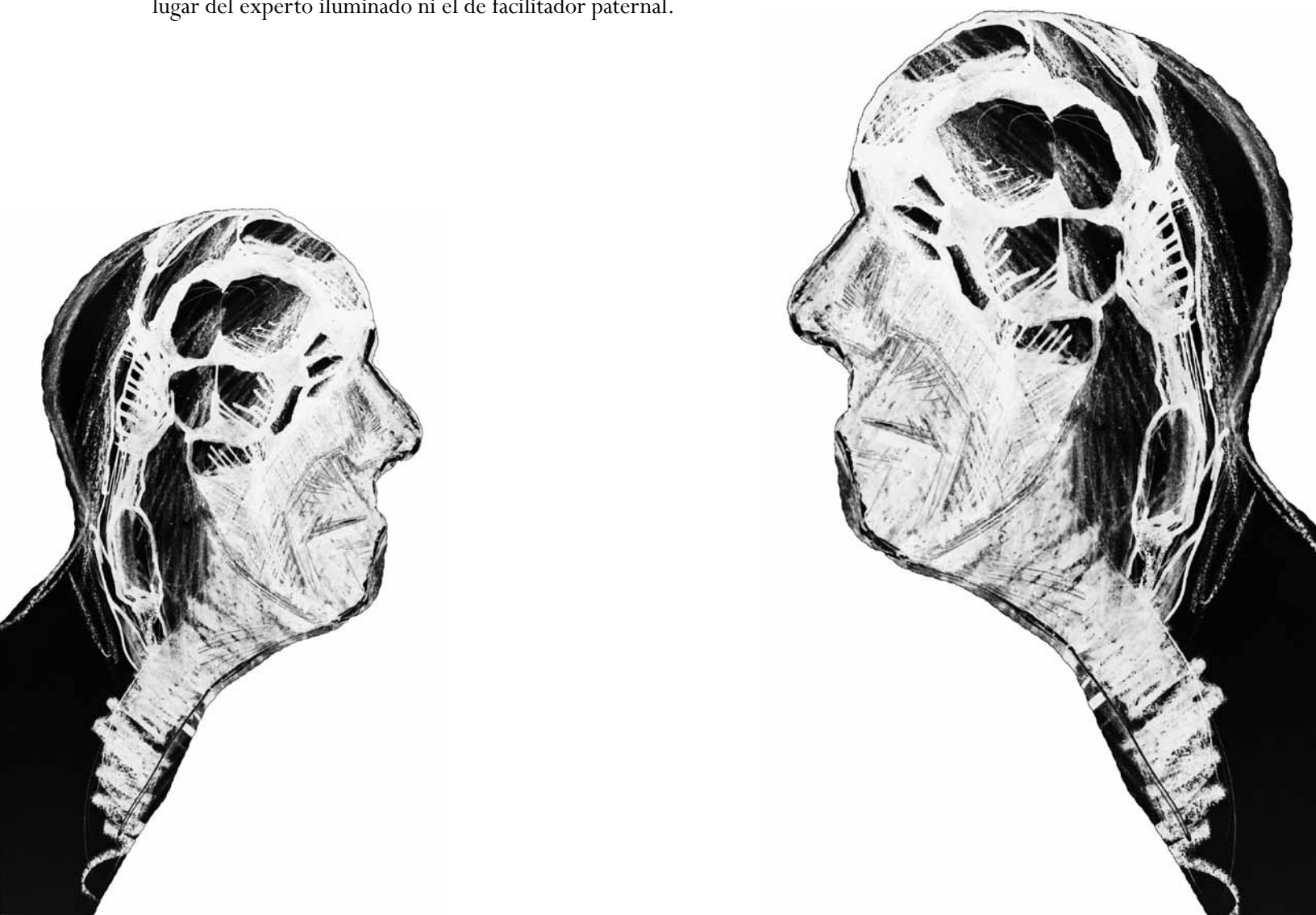
Estos emprendimientos de comunicación son configurantes virtuales de sociabilidad no solo por concebir ideas sobre cómo reagrupar lo social sino por experimentarlas y “expandir el campo de las experiencias sociales posibles” (Santos, 2005:171).



Llegados a este punto en el recorrido por la “comunicación para el desarrollo” es necesario exponer algunos aprendizajes útiles para quienes por formación o vocación nos encontramos “metidos en el cuento”. Para estar a la altura de lo que está sucediendo, del cambio substancial en las formas del estar juntos y en las de la acción colectiva, los analistas/activistas de la comunicación debemos cambiar nuestras concepciones y nuestras prácticas, cambiar nosotros reinventando nuestra inteligencia de lo social: es en la superación de la versión dual y estática de los saberes que no pueden ver lo crítico en lo narrativo o la resistencia en la cotidianidad y la actividad en la pasividad, solo cooptación o autonomía, regulación o emancipación, en donde podemos encontrar instrumentos de indagación.

Al insistir en la apertura de los “saberes expertos” hacia los “mundos legos” buscando hacer surgir multiplicidad, polifonía e hibridación en donde se pretendía la unidad de un proyecto de intervención estamos acercándonos a un conocer situado y experiencial, en donde se despliega el trabajo de la inteligibilidad sensible (Maffesoli, 1997), momento de emergencia de la comprensión intersubjetiva (solidaria, para Santos, 2005) que no agota lo cognoscible en la experiencia. Si se asume que la experiencia no es una totalidad externa a la interpretación de lo vivido por los participantes, entonces tenemos una apertura a los posibles (inéditos viables, en Freire) que enriquece el presente (nuevo conocimiento). La vía a este conocimiento es el *diálogo de saberes*, entendido como relación intercultural, interpelante, de apropiación y confrontación, que no puede suponer una completa exterioridad de los participantes sino una viva corriente de intercambios, en donde las diferencias y desigualdades de poder, control y conocimiento constituyen tanto el acicate de la interpelación como la situación a transformar en su transcurso en tanto *experiencia transformadora* para todos los participantes. La posibilidad de dar cuenta del conocimiento construido en este diálogo y de las condiciones en las que ciertos principios y elaboraciones pasan de una racionalidad a la otra y las afectaciones que eso produce no solo en el plano intelectual sino en la vida de los participantes es una veta localizada para la historia del pensamiento latinoamericano sobre la comunicación social. Y la crítica, la “interpretación crítica”, pasa de ser suplementaria racionalidad que el experto o el método habrían de aportar a unos agentes condenados a la inconsciencia e inconsistencia de sus actos, a reflexividad e interpelación desde las diferencias de perspectiva (descentramiento y contrastación) presentes en la comunicación como acontecimiento de sentido, en donde se pone en evidencia tanto los supuestos y presunciones del saber experto como las lógicas autojustificadoras y mistificantes de un saber social no confrontado. La idea de no solo reflexionar sobre la experiencia sino desde la experiencia constituye la síntesis de este tránsito conceptual que le aporta densidad existencial al conocer y vincula la circunstancia, la espacialidad y la temporalidad a su efectucción, sabiendo además aunar esa experiencia local y contingente a una universalidad (o “pluriversalidad” según el giro decolonial) por transposición comunicativa de los aprendizajes (inteligibilidad colectiva y translocal).

Otro aprendizaje de este recorrido consiste en el cambio de perspectiva y del lugar del comunicador para comprender la intervención, al asumir que existe un conocimiento de la socialidad inmerso en las interacciones prácticas, desde el ser y estar en el mundo, no como representación de ese mundo. Este conocimiento social de lo social, cuyos portadores son anónimos, es convertido en recurso (expropiado, alterado, recontextualizado) en la intervención social. Buena parte de las experiencias de *comunicación para el cambio* sistematizadas dan cuenta de la manera como se diagnostica y proyecta una intervención sin contar con el conocimiento del problema y la situación por parte de los intervenidos pero se capitaliza en el proyecto, en su “sostenibilidad”, el conocimiento específico y prácticas culturales originadas por los mismos intervenidos pero reflejadas en el espejo modulador del saber experto. Si retomamos la dignidad como operador anclado en la vida de quienes participan, la mirada a la intervención se transforma profundamente y el encuentro de perspectivas diferentes y/o complementarias (incluyendo la de los profesionales) surge como mecanismo solidario para asumir con propiedad sus problemas (recrear y ponderar su comprensión desde la extraposición para avizorar inéditos viables). Al fundar la relación interpelante en dispositivos narrativos que activan el saber-decir, el saber-escuchar, el saber-reconocer, el saber-hacer situado (los tiempos, lugares, ritmos y modos de trabajo, por ejemplo) y otros más, el conocimiento profesional —como un haber— queda dislocado e implica la transformación de sus actuaciones para volverse útil al proceso. El reto que de aquí se desprende es el de repensar la formación y desempeño de estos “profesionales de la intervención”, a los cuales ya no les es posible ocupar ni el lugar del experto iluminado ni el de facilitador paternal.





<sup>1</sup> Ponencia presentada en el XI Congreso de ALAIC llevado a cabo en Montevideo, del 9 al 11 de mayo de 2012.

<sup>2</sup> Se trata de cuatro investigaciones adelantadas en la Universidad del Valle: “la génesis del mito de Cali cívica” (1997), “Cali de Vida, comunicación para la democratización de la ciudad” (2005), “violencia y convivencia en Cali, los nuevos escenarios de la educación popular (2006), “El conocimiento social en convivencia como vía para una cultura de paz en el Valle del Cauca” (2008) y La sistematización de experiencias como movimiento Latinoamericano de gestión social del conocimiento: su dimensión educativa”(2011), de las cuales he hecho parte como investigador.

<sup>3</sup> La expresión régimen de gestión pretende dar cuenta de la institución del medio subjetivante propio de las sociedades de control (Deleuze, 1991), fundado en la modulación permanente del compromiso subjetivo: El llamado a la “participación” se convierte en el ejercicio de un biopoder (Foucault, 1999), en donde la modulación incita el hacer (el activismo) y cuya clave es la gestión, incluso de “si”.

## Referencias

Adorno T. y Horkheimer W. (1947/1968). *Dialéctica del iluminismo*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Berai J. (1996). *La integración en las sociedades modernas*. Barcelona: Anthropos.

Calvo, C. (2007). Prólogo en “*La Calidad*”. Reflexividad, Investigación-Acción y Enfoque Indicial en Educación. Osorio Jorge y Rubio Graciela Comp. Santiago: Escuela de Humanidades y Política.

Deleuze, Gilles (1991). “Postdata sobre las sociedades de Control”. En Christian Ferrer (Comp.) *El lenguaje literario*, Tº 2. Montevideo: Ed. Nordan.

Escobar, A. (1998) *La Invención del Tercer Mundo. Construcción y Deconstrucción del Desarrollo*. Bogotá: Editorial Norma.

Escobar, A. y Osterweil, M. (2009). “Movimientos sociales y la política de lo virtual. Estrategias Deleuzianas”. En *Tabula Rasa*, No. 10 (pp. 123-161), enero-junio. Bogotá: Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca.

Fraser, N. (1997). *Justicia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*. Bogotá: Universidad de los Andes/ Siglo del hombre.

Foucault, M. (1999) *Estética, ética y hermenéutica*, Buenos Aires, Paidós.

Granovetter, M. (1973). “*The strength of weak ties*”. En *American Journal of Sociology*; vol 78, n° 6. (pp. 1360 – 1380). Baltimore: Johns Hopkins University (Traducción: Mª Ángeles García Verdasco)

Gumucio, A. (2001). *Haciendo Olas. Historias de comunicación participativa para el cambio social* Nueva York: Fundación Rockefeller.



Hleap, J. (2011). "De como un régimen de gestión se convirtió en imperativo categórico de la Universidad". En *Nexus*, No.10 (pp.6-19), Diciembre. Cali : Universidad del Valle, Escuela de Comunicación Social.

Latour, B. (2005). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.

Maffesoli, Michel (1997). *Elogio de la razón sensible*. Barcelona: Paidós.

Martín Barbero, J. (1987). *De los medios a las mediaciones*. Barcelona: Gustavo Gili.

Martín Barbero, J. (2008). De la experiencia al relato. Cartografías culturales y comunicativas de Latinoamérica. En *Revista Anthropos, huellas del conocimiento* n°219. Barcelona: Anthropos

Morin, E. (2011). *La Vía. Para el futuro de la humanidad*. Madrid: Paidós.

Osorio, J. y Rubio, G. (2007). "La Necesidad de Recuperar la Experiencia en Educación". En *La Calidad. Reflexividad, Investigación-Acción y Enfoque Indicial en Educación*. Santiago de Chile: Escuela de Humanidades y Política

Retamozo, M. (2006). *El movimiento de trabajadores desocupados en Argentina. Subjetividad y acción en la disputa por el orden social*. Tesis Doctoral, Doctorado en Investigación en Ciencias Sociales. México D.F.: FLACSO México.

Santos, B. de S. (2005). *El milenio huérfano*, Madrid: Trotta

**Recibido:** septiembre 30 / **Aprobado:** diciembre 1 de 2012